

Bajo palabra

El arte de saber esperar

POR
 Iñigo
 Linaje



En estos tiempos que vivimos, tan dados a la velocidad y el ruido, saber esperar es una virtud, cuando no un arte. Todos sabemos que la vida está plagada de pausas y esperas, de recesos e intervalos que, las más de las veces, nos

obligan a roer el tiempo y a perderlo. Así, esperamos la llegada del verano, el regreso de un amigo o de un amor, un cumpleaños y una cita señalada o, por el contrario, un diagnóstico o una despedida. Y lo que en principio era solo incertidumbre ante un futuro inmediato, se convierte en martirio feroz, en dolor insoportable.

Estos son los motivos con los que la periodista alemana Andrea Köhler ha construido *El tiempo regalado* (Libros del Asteroide), un pequeño ensayo sobre el arte de esperar. Apoyándose en citas de pensadores y novelistas, y en testimonios extraídos del mundo del cine, se detiene en las diferentes etapas de la vida recordándonos el *memento mori*, es decir, nuestra condición efímera, nuestra condición mortal. Y es que la vida limitada por la muerte es —precisamente— la que nos hace tomar conciencia del tiempo.

Escribía Nabokov que la cuna se mece sobre el abismo para advertirnos que la existencia

es un relámpago fugaz. Y quizás por ello, es la paciencia lo primero que debe educar el hombre cuando toma conciencia de sí; algo que, paradójicamente, hoy queda inmediatamente anulado por lo contrario: por la impaciencia y la prisa. Si el espacio sagrado de la niñez es un territorio propicio para la ensoñación y la alegría, ya se encargan maestros y progenitores de romper ese idílico limbo y plantar la amenaza del futuro. Por esta razón —dice Köhler— las salas de espera de la infancia siempre fueron edenes en peligro.

Pero si existe una forma de espera realmente angustiada es la del amor. Según Roland Barthes, la fatal identidad del que ama no es más que “yo soy ese que espera”. Y es que el amor lo pone todo en juego, y nos pone en vilo, porque es el sustento espiritual que más necesitamos. Si lo tenemos, nos equilibramos interiormente; si carecemos de él, nos extraviados en el

laberinto de nuestras soledades. Luego está el caso de quienes se regodean en la ausencia, que es otra forma inútil de espera, más dolorosa incluso que la anterior porque, como afirma Luis Tamarit, perseverar en lo perdido consume lo por venir.

Tiempo y vacío, vida y muerte, se entrelazan en las páginas clarividentes de este libro que incide en el valor de esperar: una espera que ha de ser sinónimo de tiempo útil, de tiempo fértil para el pensamiento y para el goce de los sentidos. Nunca antesala del miedo o la incertidumbre, a pesar de que nuestras vidas basculen siempre entre emociones contrarias. Así, a medio camino entre el pesimismo y la esperanza, podríamos formular dos frases antagónicas. Por ejemplo, esta: produce vértigo pensar que una despedida rutinaria puede ser una despedida para siempre. O esta otra de Dorothy Parker: al ver que no sonaba el teléfono, supe de inmediato que eras tú. ●